La construcción de un personaje

Ricard Mas Peinado

Nunca sabremos quién fue en realidad Salvador Dalí. ¿Había alguna diferencia entre el ser humano y la máscara? Y si la había, ¿cuál o cuáles eran?

Dalí fue maestro en muchas artes, una de las cuales era la ceremonia de la confusión. Hizo suya la sentencia de Heráclito para definir la ironía, según la cual, “a la naturaleza le gusta esconderse”. Y él se escondió para no dejar flancos al descubierto.

Si hacemos caso de su *Vida secreta*, aparte de cocinera y Napoleón, Dalí siempre quiso ser Dalí. Posiblemente tal extremo no sea verdad, al menos hasta finales de la década de los veinte, pero sí que sintió una irresistible fuerza que le obligaba a acaparar siempre la atención: si había que regalar dinero, tirarse por el hueco de la escalera de colegio, o llorar y patalcar ante el padre hasta asfixiarse, el resultado compensaba con creces cualquier riesgo.

Dalí gustó también del disfraz. Su primer regalo de importancia fue un kit de reyezuelo, con capa de armiño, bastón de mando y una corona que no abandonaría ni en sus tardías prácticas onanistas.

Durante su adolescencia, iba vestido de bohemio francés, con un abrigo varias tallas por encima de la suya, sombrero de ala ancha, cabello hasta el hombro y patillas descomunales. A imitación de su padre, usaría una pipa que no llegó a encender nunca.

Éste sería el único elemento de *atrezzo* que conservará tras su paso por la Residencia de Estudiantes, de Madrid, donde adopta la pose de *dandy* pulcro con corte *garçon*, mucha brillantina, jersey *oxford*, impecable americana ojo de perdiz y pantalones bombachos.

Tras la última visita de Lorca a Cadaqués, en 1927, se deja un bigote finísimo, y pocos meses después dicta su primera conferencia-escándalo en Barcelona. El Salvador Dalí público que todos conocemos empezaba a balbucear.

La seguridad económica que Gala y él se van forjando en París, al lado de aristocráticos mecenas y poderosos gurús de la moda, permiten al matrimonio vestir elegantemente. De todos modos, Dalí es un hombre delgado, moreno, y muy guapo. Supera su gran timidez, haciendo gala de una elegancia rayana en lo extravagante.

Dalí jamás se creyó en deuda con nadie. Por mucho que alguien haya hecho por él, se mostrará siempre desagradecido, a menos que todavía este alguien le pueda ser útil. Es adulador y se rinde al poder del dinero sin atisbo de pudor. Cuando Breton le desprecia como “Avida Dollars”, Dalí se lo toma como un elogio. Además, otra de sus sentencias favoritas es “que hablen de mí, aunque sea bien”. Pero Dalí es avaro, insolidario y mezquino por una sola razón, tiene verdadero pavor a la enfermedad y la miseria, pavores exacerbados por la maldición paterna tras la expulsión del hogar: “¡Morirás solo, lleno de piojos, sin dinero ni nadie que te traiga un triste plato de sopa!”. Dalí asocia el sentimentalismo a la putrefacción, la muerte y la enfermedad. Y se aleja tanto del sablista como del infeccioso.

Su moral está basada en la literatura maldita del simbolismo, Lautréamont, Baudelaire, Roussel y el pensamiento de Freud y Nietzsche. Inspirado en el superhombre del filósofo alemán, se cree por encima del bien y del mal.

Dalí sobrevive con fortuna en Francia, pero en 1940 debe abandonar el país. Y escoge los Estados Unidos, donde ya había estado anteriormente en tres ocasiones: en la primera (1934), a la prensa le había caído en gracia su *Retrato de Gala con dos costillas de cordero en la espalda*, en la segunda (1936), fue portada del prestigioso semanario *Time*, y durante la tercera (1939) fue detenido al romper el escaparate de los almacenes Bonwit Tellers, en la quinta avenida. Salió bien librado del trance, y se ganó las simpatías del público en general.

Por todo ello, Dalí escoge los Estados Unidos de América en 1940, un país poderoso y en paz, lleno de nuevos ricos dispuestos a comprar obra —siempre que se suavicen los contenidos sexuales— y con una prensa entusiasta: entre 1940 y mediados de los años sesenta, no hay día que no aparezca por lo menos una referencia a Dalí, ni que sea como adjetivo de disparate, en algún medio de comunicación estadounidense.

De la luna rota de Bonwit Tellers emerge un nuevo Dalí, el que sabe cómo embelesar a su nuevo público, cómo llamar la atención día sí y día también. Y da rienda suelta al “superstar” que lleva dentro de un modo muy peculiar: alargando y moldeando su fino bigotito. En abril de 1941, presenta su *Auto-retrato con bacon frito* en el que podemos observar cómo le ha crecido el bigote, iniciando sus puntas una ligera ascensión. En 1942 alcanzará los 15

centímetros de envergadura. Y en 1945, realiza el primer análisis psicoanalítico de su bigote, en las páginas del ególatra *Dalí News*.

Al volver a España, en 1948, su bigote se ensancha justo por encima de la comisura de los labios, para parecerse más al que luce Velázquez en *Las Meninas*. Y en 1954, con motivo de su conferencia de prensa-renacimiento de Roma, muestra el bigote más largo de su vida: 20 centímetros de envergadura. Ese mismo año, junto al genial fotógrafo Halsman, publica *Dalí moustache*, un creativo álbum en que el bigote de Dalí es protagonista absoluto.

A lo largo de la década de los cincuenta, los bigotes suelen apuntar enhiestos al ciclo, en ocasiones se desdoblan, y habitualmente se recogen hacia adentro imitando la curvatura del cuerno del rinoceronte, máxima preocupación daliniana en aquel entonces.

Durante los años setenta, Dalí alternará sus camisas indo-mexicanas, sus armillas chillonas, sus bastones coleccionados, e incluso sus catalanas barretinas y alpargatas de cinta y esparto, con adaptaciones del vestuario hippy entonces en boga. Como pierde pelo, encarga pelucas al estilo de sus queridos poetas malditos al estilista Lluís Llongueras, y bigotes postizos en previsión de atentado capilar.

Dos tristes bigotes ilustran la decadencia física y creativa daliniana: el aburguesado, a juego con los rizos capilares exhibidos en 1979 durante su toma de posesión como miembro de la Académie de France; y el de su última foto oficial, en 1983, vestido con túnica y birrete blancos, sentado, sosteniendo un bastón, y aún sabiéndose físicamente decrepito, arrojando una última mirada de orgullo.

Del personaje que Dalí alumbró en 1940, tan o más importante que su obra anterior, nos resta una actitud: maquiavélica, provocadora, egocéntrica e irreverente; una imagen: bigote desafiante, ropa elegante aderezada con elementos extravagantes: alpargatas, barretina, armillas chillonas, amuletos; y una voz aceitunada, que en cualquier idioma sonaba a catalán de-le-tre-a-do chulescamente.

Dalí dejó escrito que, al morir, le cubrieran la cara con un pañuelo. Si no podía separar el hombre de su personaje, mostraría de una vez por todas su sentimiento más recóndito: la vergüenza.